



MEMORIA VIVA DE CABRALES

ENTREVISTAS

Fotomontaje realizado sobre fotografía de J.M. Pando Barrero, h. 1951.
Archivo Pando Barrero, IPCE, Ministerio de Cultura y Deporte.



Principado de
Asturias



Entrevistas completas del proyecto **Memoria Viva de Cabrales**

Escuchar para recordar

Las páginas que siguen reúnen las transcripciones completas de las entrevistas realizadas durante el proyecto **Memoria Viva de Cabrales**, una iniciativa impulsada por el Ayuntamiento de Cabrales para documentar y preservar la memoria colectiva del concejo a través de las voces de sus habitantes.

Entre los meses de abril y mayo de 2026, un equipo de investigación formado por jóvenes cabraliegos recorrió distintos pueblos del concejo entrevistando a vecinos y vecinas que, desde su experiencia vital, conservan una parte fundamental de la historia reciente de Cabrales. Las conversaciones abordaron cuestiones tan diversas como la ganadería tradicional, la escuela, los trabajos domésticos, los caminos, la emigración, las fiestas, los cambios en el paisaje o las transformaciones sociales vividas a lo largo del último siglo.

Cada entrevista constituye un testimonio único. Ninguna pretende representar por sí sola la totalidad de la memoria cabraliega, pero juntas conforman una valiosa colección de experiencias, recuerdos y reflexiones que permiten aproximarse a la complejidad humana del territorio.

En el dossier **El Estregal de la Memoria** (descarga disponible en la web del ayuntamiento), publicado como síntesis divulgativa de los resultados del proyecto, se incluyen únicamente fragmentos y resúmenes de estas conversaciones. Sin embargo, la riqueza de muchos testimonios hacía necesario conservar también su desarrollo íntegro. Las pausas, las anécdotas, los detalles aparentemente menores y las formas de narrar constituyen parte esencial del valor patrimonial de estas fuentes orales.

Por este motivo, el Archivo Histórico Digital de Cabrales pone a disposición pública este documento, que recoge las entrevistas en su versión completa para facilitar su consulta, investigación y preservación futura.

Las páginas que siguen son, ante todo, una invitación a escuchar. Porque mientras una historia pueda ser contada, una parte de la memoria continúa viva.

ENTREVISTAS MEMORIA VIVA DE CABRALES

Entrevista 01	3
Entrevista 02	5
Entrevista 03	7
Entrevista 04	9
Entrevista 05	11
Entrevista 06	13
Entrevista 07	15
Entrevista 08	16
Entrevista 09	20
Entrevista 10	21
Entrevista 11	23
Entrevista 12	24
Entrevista 13	25
Entrevista 14	26
Entrevista 15	27

Entrevista 01

Lugar: CSPM de Arenas de Cabrales

Fecha: 14 de mayo de 2026

Participante: María Aurora Álvarez Fernández (86 años)

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: Infancia rural, ganadería tradicional, trabajo femenino, escuela, cuidados familiares, vida cotidiana, juegos tradicionales, oficios, transformación social de Cabrales.

Testimonio

[María Aurora]: Cuando terminaba las faenas podía jugar un poco, pero muy poco. Siempre viví en Cabrales. Fuimos dos hermanas, pero una murió siendo muy pequeña, a los ocho días o así. Yo le llevaba cinco años.

Mis padres eran de Cabrales también. Se dedicaban al ganado, ¿a qué se iban a dedicar? De aquella era a lo que se dedicaba todo el mundo. Mi padre tenía cabras y mi madre vacas, que las tenía en Fuente Teja. Yo iba allí de chica, así que fíjate. A la escuela iba lo menos posible, porque el día primero de mayo ya había que venir con las ovejas. Con seis años ya iba yo con las ovejas que había comprado mi madre en Camarmeña. Las cabras parían en esa peña que ves ahí y luego las subían. Yo también las subía. Había que cuidarlas porque, si no.... En la entidad había dos guardias y vigilaban todo aquello.

Yo estaba ahí arriba desde el primer día de mayo hasta el veinte de junio, sola con las ovejas todo el día. Si llovía, te mojabas y te mojabas debajo del paraguas. Tenía una tía carnal allí arriba. Nos hartamos de trabajar. A mí la escuela, lo que menos.

Mi güela me puso en una escuela particular donde Joaquina. Me llevó allí porque la otra escuela no la veía conveniente. Mi padre me plantó con tres años donde tenía las cabras, en una cueva, pa que aprendiera a bajar por los caminos sin miedo. Me llevaba a lomo y de la mano. Yo iba con unos escarpines y una faldina por la rodilla. En invierno no había pantalones para las mujeres. Los pantalones los vimos mucho más tarde. No hace tantos años de eso. Cuando nevaba, la nieve se metía en los sabañones y no veas... Hasta que me casé estuve trabajando para la familia. Me casé con veintiún años con un mozo de Arenas. Vivo en la misma casa donde nací y me crié.

Con siete años me pasé todo un verano sola con las vacas, las ovejas, las cabras, los gochos y las gallinas porque mi madre se puso enferma. Estaba sola en la majada de Comardo. Nosotros vivíamos abajo, en La Vega.

Aprendí a hacer calcetines con siete años utilizando lana de oveja. Las agujas eran así de pequeñas. Me enseñaron a trabajar toda la lana. También tenían que ayudarme a recoger las ovejas y las vacas porque yo no tenía fuerza suficiente. Yo ordeñaba las cabras y las ovejas. Las cabras las metía para atrás, a un salón, y las ovejas quedaban al aire libre.

Cuántas veces las ovejas metían la pata en el recipiente y tiraban la leche. Las cabras no. Había que dejar allí los corderos. Estuve trabajando con la lana hasta que me casé. Tuve cuatro hijos y nunca los quité de la escuela, salvo cuando tenían mucha fiebre. Yo segaba los prados y aprendí a hacer cargas de hierba. Me sentaba en el suelo, metía la cabeza debajo de la carga, me levantaba y adelante.

Cuando estaba embarazada no teníamos suficiente hierba para las vacas. Había que ir a buscarla lejos, en mayo, y el crío nació en agosto. Yo iba con el sábanu en la cabeza. Me decía Manolo, mi marido: “Sube tú delante y yo detrás”. Y menos mal, porque tropecé y caí encima de la carga que llevaba Manolo. Si no llego a caer ahí, estando embarazada, a saber qué habría pasado. Por eso a los críos, siempre a la escuela. Yo iba al campo como un paisano. Hay muchísima diferencia entre el Cabrales de antes y el de ahora. Antes había más conversaciones. Ahora, hasta para comer, sacan el móvil.

Crié a mis hijos y cuidé a mi padre. El probe murió con cuarenta y nueve años, el mismo año que yo me casé. Por catorce días no llegó a conocer a su nieto, que era la ilusión que tenía. Después cuidé a mi güela. Cuando mi madre marchaba para el ganado, yo me quedaba con ella porque estaba en cama. Más tarde cuidé también a mi tía Carmen cuando se le murió el marido. Tenía que ir a dormir todas las noches con ella. Recuerdo que cuando tenía dos años me llevaron a su casa. Mi tía se fue a lavar al río y me dejó durmiendo la siesta. Cuando desperté intenté abrir la puerta, pero no pude. Al corredor sí conseguí salir, pero aquello se movía y acabé cayéndome. Mira la cicatriz que tengo.

Los guajes de ahora ni saben ni quieren saber. Mis hijos salían de la escuela y se iban a sacar el cucho. Cogían la burrina y el carrín y marchaban para el verde. Nada de señoritos. Se han perdido muchísimas cosas. Se perdió jugar al martes, a la taina, a las canicas... todo eso desapareció. Una vez vino mi güelu a buscarme a la escuela. A mí me tocó fregar la escuela entera junto con mis amigas. No venía nadie de fuera a hacerlo. También me tocó fregar el instituto. Hoy en día hacen novios con catorce años y solo piensan unos en otros. Pero bueno, es ley de vida. Cuando tenía dieciséis años, mi padre fue a hablar con Concha y Pedro el sastre para preguntar si tenían trabajo para aprender a hacer pantalones. Le dijeron que sí, que cuando quisiera podía ir. Y allí fui a aprender durante los inviernos.

Mi güelu estuvo cuarenta años moliendo en el molino de Carreña. Está pasando Carreña hacia arriba, a la izquierda, donde se ve un puentín y una casa. Allí iba todos los días. La burra ya sabía dónde tenía que parar. Cuarenta años estuvo trabajando allí. Las maquilas muchas veces ni se pagaban. Había muchísimo que moler. Cuando no daba abasto con todo el trabajo, mi padre iba por la noche, después de atender el ganado, a terminar de moler lo que no había podido hacer mi güelu. Luego volvía a casa, desayunaba y otra vez para el ganado.

Yo estuve cuatro años llevando la comida a mi tía Carmen. A la una en punto tenía que tenerla allí todos los días mientras la cuidaba.

Entrevista 02

Lugar: CSPM Arenas de Cabrales

Fecha: 14 de mayo de 2026

Participante: Obdulia Borbolla Espina

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: Infancia, trabajo ganadero, vida doméstica, agricultura tradicional, trabajo comunitario, transformaciones sociales, memoria familiar.

Testimonio

[Obdulia]: Yo no migré. Anduve por Alemania y Suiza por motivos familiares, pero no migré. Soy la mayor de nueve hermanos, aunque murieron dos con apenas ocho días por un sarampión. De aquella no se sabía muy bien lo que era y se morían muchos críos.

Siempre viví en Arenas, en el barrio de Ríu. Bueno, hasta después de casada ya no. Mi padre y mi madre se dedicaban al campo, pero luego la vida estaba falta y él tuvo que ir a trabajar a la mina de Dobros. Mi abuela vivía con nosotros y se iba al ganáu día y noche, mientras mi madre peleaba con tanto crío. Nosotros le llevábamos la comida al ganado en las colladas. A la escuela fui lo que menos. Iba al puertu hasta septiembre, cuando se bajaba el ganado, y luego iba cuando podía. Yo era la lavadora y la fregadora de la casa. Era la mayor, así que tenía que lavar todos los días. Cuando hicieron la fuente y trajeron el agua más cerca del barrio ya fue una mejora. Al menos en invierno teníamos el agua para beber y para las vacas más a mano. Antes nos jartábamos de bajar al ríu.

¿Jugar? ¿A qué iba a jugar? Si estaba de noche con el ganado, había que mecer y atender las labores. La tía Carola compraba a los vecinos. Unos iban a Carreña, otros a Onís y otros a Unquera; cada uno como podía. Yo nunca fui a los mercados a vender, pero de ganado me harté. Tenía siete años cuando murieron mis hermanos. Hasta que me casé, con veinte años, estuve con la hierba en Nava y con el ganado. Cuando me casé me dediqué a vivir la vida con mi marido, a sacar adelante a mis tres hijas y, cuando tenía días libres, iba a ayudar con la hierba.

Sembramos en Ríu siete tierras soberanas. Hacíamos abono para las patatas. Para no pasar hambre había que trabajar como negros, pero hambre no pasamos, que yo recuerde. El pan para el minero era más grande que los bollines que nos daban a nosotros. Los bollines eran de harina de maíz y nos los daban racionados en la panadería. Donde está ahora la farmacia, que era de Paco Arenas, íbamos a comprar porque nos quedaba más cerca. Si erais tres en casa, cogíais tres bollines. Pero comer eso era un lujo. Se comía porque se sembraba mucho. Había que repartir y mirar por ello. La gente siempre se ayudaba unos a otros. Había mucho más trabajo comunitario. Era mucho trabajo y los críos, pues a la escuela.

Cuando me casé me fui a vivir al Coterín, donde Alfredo, para aquel lado, sin llegar a su casa, por donde la tienda nueva. De aquella no tenía hambre nadie. Se sembraba mucho maíz y muchas patatas. Había mucho campo para cultivar. Antes todo estaba sembrado,

no había nada en desuso. El ganado se subía al puerto y yo me quedaba en las colladas. Arriba del río, un poco más arriba, con las ovejas iba para Arangas. En la familia todos ayudaban. Nadie quedaba quieto. Con mi último hermano me llevaré unos dieciocho años.

Cabrales está muy cambiado de antes a la actualidad. No se conoce. El mismo pueblo de Arenas, mira cómo está. Creció muchísimo. Ahora bien, antes costaba todo muchísimo más. Hoy no queda nada de lo que hacíamos de aquella. Muchísimas cosas se perdieron. Simplemente sembrar: había que sembrar con buena conciencia. Mi infancia no la recuerdo dura; la recuerdo durísima. Mi madre no nos pegaba, pero sí nos daba voces. Usábamos un candil. No pocas escaleras he fregado yo. Mucho trabajamos, mucho.

Quiero decirte que si los jóvenes de ahora tuvieran que hacer lo que hacíamos nosotros, no podrían. Antes no podías comparar tu vida con otra cosa. No echabas en falta nada porque no lo conocías: ni nevera, ni lavadora, ni nada. Tuve mi primera televisión ya casada. Todo se hacía a mano y no suponía ningún problema porque era lo que hacíamos siempre. La vainica fue de lo primero que aprendimos a hacer. ¿Qué quieres que te diga, hija mía?

Entrevista 03

Lugar: CSPM Arenas de Cabrales

Fecha: 14 de mayo de 2026

Participante: Carmen Gonzalo Mier (78 años)

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: Infancia, escuela, ganadería, elaboración de queso, agricultura tradicional, migración.

Testimonio

[Carmen]: Jugábamos al parchís, a la oca y a las cartas. Aprendíamos ya de pequeños. Yo jugaba con mi hermano y con mi hermana. Mi familia se dedicaba a la ganadería y hacían quesos en Peñamellera Alta, el queso blanco. Íbamos a los mercados. Había gente que lo llevaba a Trescares, a Unquera, y a veces nos traían pescado, sardinas y otras cosas a cambio. En mayo y junio subíamos todo a Cuera y teníamos allí de todo: gallinas, caballos... Yo iba con once años. Se plantaba de todo: cebollas, ajos, calabazas, patatas... Como en todos estos pueblos. Había vegas donde se cultivaba. Yo fui a la escuela. En Rozagás éramos dieciocho o veinte y ahora no hay ninguno. Fui a la escuela vieja, pero teníamos un maestro nuevo que venía de León. Daba clase a gente de Ruenes que iba para México, también a gente de Arangas, y además impartía clases particulares. En Ruenes tenían unas maestras.

Había un comediante, Ángel Guerra. Hubo mucha emigración en Peñamellera, aunque los pueblos estaban llenos. Mucha gente marchó a Cataluña y a Bilbao, con los Altos Hornos, aunque la situación cambió mucho con los años. Yo también emigré. Me fui a Stuttgart y estuve allí catorce años. Me casé con veintiséis años. Mi esposo ya estaba allí. Había nacido en El Castañeu y se había marchado dos años antes porque tenía unos primos viviendo en Alemania. Aquí trabajo había y hambre nunca pasé. Mi hermano se marchó a estudiar a Valladolid con otros dos compañeros. Le gustaba mucho estudiar y siguió haciéndolo incluso después de casado. Nosotros siempre vivimos en Rozagás hasta que nos repartimos.

En Stuttgart me dediqué a la limpieza. Los tres primeros años estuve sin papeles trabajando en una casa que pertenecía a nuestro jefe. Era una persona que había participado en la construcción del aeropuerto de Stuttgart y tenía muchísimas propiedades. Más tarde se hizo también con el aeropuerto de Múnich y dio trabajo a más gente del oriente de Asturias. Vino gente de Posada. Había extremeños y gallegas trabajando allí. La mayor parte de la gente acabó destinada en Hong Kong porque allí era más barato tener empleados. Entonces utilizábamos el marco. Llegó a pagarse a setenta y cuatro pesetas el marco. Todo aquello cambió completamente. ¡Qué lío entre marcos, euros y pesetas!

Volví a Arenas cuando ya teníamos la casa. La empezamos en 1984 y la estrenamos entre 1986 y 1987. Cuando regresé me dediqué a la hostelería.

Cuando yo vine apenas estaba Casa Anselmo. Mis suegros compraron aquella casa de enfrente. También estaba Maruja Vázquez y algún establecimiento más. No existía todavía el Hotel Picos. Invertimos mucho dinero y resultó bien. Después se abrió ese hotel y luego fueron surgiendo más negocios de hostelería. Y mira si funcionan hoy en día. En Cabrales fue durante las décadas de 1990 y 2000 cuando llegó el gran auge de la hostelería y del turismo. Una vez me preguntó una persona por qué venía tanto turista y yo le respondí que por la carretera, por el canal y por la Ruta del Cares. Nuestros antepasados, empezando por Alfonso XII, que tiene ahí un monolito, fueron dando prestigio a la tierra cabraliega. Poco a poco se fue haciendo conocida a nivel nacional y eso terminó desembocando en el turismo de masas a finales del siglo XX y comienzos del XXI. Mira también Sotres cómo ha proliferado en hostelería y turismo. Lo mismo sucedió con los deportes de montaña y la escalada. El gran boom del turismo y de la escalada llegó en 1973, cuando Ortega y el Murciano quedaron allí colgados. El camping llegó a ser el negocio número uno de Cabrales.

Trabajábamos durante el invierno. Las carreteras se fueron ensanchando. En 1994 se ampliaron las calzadas y antes mi hijo iba en el ALSA a la escuela de Cangas por unas carreteras que daban miedo. También la concentración parcelaria de Rozagás fue de las primeras que se hicieron en la zona.

La juventud de hoy es muy diferente a la de antaño. Las tablas de multiplicar teníamos que cantarlas. Hoy algunos jóvenes ni las saben; menos mal que tienen el teléfono. Tuvimos un maestro que estuvo dieciocho años viviendo sin luz ni agua en casa. Él era de León y su mujer de Tineo. Aprendíamos las tablas y todo lo demás como fuera, y si no, de rodillas castigados. La gran mayoría de las tradiciones se han perdido. Nosotros saltábamos a la comba, jugábamos al “yo no he sido”, al “tres marinos”, a las canicas... Ahora eso ya no lo hace nadie. Todo eso terminó. Hoy todo gira más alrededor del deporte, la natación o el fútbol.

También estuve tres años en Bilbao con unos tíos y pasé una temporada en Gijón. Allí iba a aprender a bordar a máquina. Pero siempre volvíamos a Cabrales. No había otra opción. Para mi esposo todo era Cabrales. De Arenas al cielo. En Stuttgart se ganaba mucho dinero, pero nunca tuvimos la felicidad completa, porque no estábamos aquí, en Cabrales.

Entrevista 04

Lugar: CSPM Arenas de Cabrales

Fecha: 13 de mayo de 2026

Participante: Teresa García Gonzalo (89 años)

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: Infancia rural, comercio local, juegos tradicionales, fiestas populares, cortejo, transformaciones sociales y memoria comunitaria.

Testimonio

[Teresa]: Desde que nací vi a mis abuelos hacer queso, ir al campo y trabajar. Eso fue así desde siempre. A los cinco años ya me dejaban de pastora con mi hermana recién nacida y con otra cría que tendría unos tres años. El ganado no tiene vacaciones; siempre había que trabajar.

Somos tres hermanas y un hermano. A mi hermano le llevo veinte años. Mi hermano pequeño se lleva solamente seis meses con mi hijo. Es más, mi hijo mamó de mi madre. Eso no se ve mucho: un nieto mamando de una abuela. Mamaban los dos de mi madre porque tenían prácticamente la misma edad. A la escuela fui hasta los diez años. Después ya no. Hasta entonces sí asistía, pero en mayo me iba al puertu. La escuela cerraba en junio y yo perdía todo el mes de mayo. Volvía en octubre, porque aunqueabría en septiembre, yo no regresaba hasta entonces. Así que imagina todo lo que me perdía.

Llevábamos las ovejas para el lado de Tielve. Las tierras estaban organizadas para pastar según la época del año y hasta el veinte de junio no se llevaban hacia Arenas. Yo me iba por la mañana, una cría de diez años, con un bocao de chorizo y queso, y allí estaba desde la mañana hasta la noche sin hablar con nadie, sin cruzar una sola palabra con otra persona. Tampoco llevaba agua. ¿Sabes lo que hacía? Lamía los gamones, esas plantas que cuando llovía guardaban unas gotas de agua entre las hojas.

Yo era la mayor y fui la que más sufrió, porque tenía que cuidar del ganado y de la familia. La vida me obligó a aprender de todo. Aprendí a sumar, restar, multiplicar y dividir. Más tarde trabajé en una tienda y tenía que arreglar las facturas con mi padre, así que había que estar preparada. Estuve diecisiete años en aquella tienda. Allí había desde una aguja hasta una guadaña. Estaba en Recuestu y tenía absolutamente de todo. Quien iba a buscar algo, lo encontraba. Venía gente de Ruenes y de Rozagás porque en otros sitios no había lo que teníamos allí. Incluso disponíamos de medicamentos para las vacas. Conocíamos remedios muy eficaces para evitar que las moscas se arrimaran al ganado durante todo el verano. En aquella tienda trabajé incluso más que en el campo. Era tienda, chigre y bar al mismo tiempo. Mis hijos se fueron a trabajar. Todos menos el mayor, que quedó mal de la polio. Los demás trabajaron en las líneas de alta tensión.

Trabajé más cuando tuve la tienda que cuando estaba solamente en el campo. Si los hombres se quedaban tomando algo hasta la una de la mañana, allí estaba yo. Y si a las siete en punto llegaba el panadero con los panes, yo ya tenía el fuego atizado. Le

preparaba un café de puchero y le ponía un huevo. A las siete en punto estaba allí, y yo era la primera persona a la que dejaba pan. Gracias a Dios, ahora me hartó de dormir. No como entonces. También recogía leche. Cada vecino me traía la que tenía, yo la medía y la iba registrando. Llegué a manejar cuatro bidones de leche de la zona de Arangas y alrededores. Después venían a recogerla. Éramos tres personas encargadas de reunir la leche de todo el pueblo.

En cuanto a las tradiciones y las fiestas, poco participé. Ya te digo que subía mi padre al puerto en la víspera de San Juan para excusarme, como se decía entonces, y poder bajar el propio día de San Juan. Mira que Poo está a apenas uno o dos kilómetros, pues jamás fui a la fiesta de La Magdalena. Solamente una vez fui a La Salud, en Carreña.

Recuerdo un año que fuimos a San Pedro de Arangas. Yo ya tenía novio por entonces. Bajábamos desde Nava. Antes de ir había que bajar una carga de verde para la vaca, atenderla y dejar todo preparado. Algunas compañeras decían que yo no iba a Arangas porque Francisco no me dejaba. Y yo les respondía: “¿Pero quién va a atender las vacas entonces?”. Por demostrarlo, un año fui. Y mira si llovió. En San Pedro casi siempre llueve. Bailé una sola pieza y con la lluvia se acabó la fiesta. Bajamos andando otra vez. Se me rompieron las alpargatas. Entonces no había carretera; había camino. Todo se hacía caminando.

Se perdieron todos los juegos. Hoy los niños ya no saben jugar. Con el móvil ya tienen bastante y todo aquello se olvida. Yo todavía recuerdo algunos. Jugábamos al bichu. Se colocaba una piedra pequeña levantada sobre otra, se hacía una raya en el suelo y se tiraba hasta derribarla. También jugábamos al cabreru. Se colocaba una lata y había que acertarle para hacerla caer. Además jugábamos al escondite, a la comba y al aeroplano. Había muchos más, aunque tampoco teníamos demasiado tiempo para jugar. Había baile en el Ateneo todos los domingos. Pero hasta los dieciséis años las mujeres no podían entrar. Los hombres, además, tenían que pagar. Eso sí, al oscurecer había que estar de vuelta en casa. No como ahora, que algunos regresan a las seis de la mañana. Antes todo empezaba temprano para acabar temprano. El cambio ha sido enorme. No había baño, ni televisión, ni nada parecido. La primera televisión que vi fue en el Cares. Y después aún tardé mucho tiempo en comprar una. ¿Dónde estaba entonces el dinero para esas cosas?

Mi padre nunca me pegó, pero cuando decía algo había que hacerlo. Mi madre sí me dio una bofetada una vez. Fue porque estaba cortejando con un mozo que ya había hecho la mili y me llevaba seis años. Yo cumplía diecisiete en enero. Subíamos los dos tan tranquilos cuando apareció mi madre. Me dio una bofetada, me agarró de la mano y me llevó para casa. Al día siguiente vino el chico, Francisco, que después sería mi marido, a hablar con ellos. Yo escuchaba desde la escalera porque pensaba que iban a discutir. Recuerdo perfectamente que, al despedirse, dijo una frase que nunca olvidé. Dijo que yo ya tenía pastor, que buscaran para las otras hijas, porque yo ya estaba cogida. Mira cómo cambian las cosas. Francisco fue el primero y el último.

Entrevista 05

Lugar: CSPM Arenas de Cabrales

Fecha: 13 de mayo de 2026

Participante: Florentina Moradiellos Gonzalo (96 años)

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: infancia, trabajo ganadero, educación, migración, retorno.

Testimonio

[Tina]: Yo jugaba de pequeña cuando me dejaban, porque todo había que hacerlo. Mis padres eran de los que siempre encontraban alguna tarea para nosotros. Como si rompían telas para que las cosiéramos. Siempre teníamos que trabajar para aprender y aprender para trabajar. Era la mayor de cinco hermanos. Primero tenía que cuidar de ellos y por eso muchas veces no podía ir al colegio. Lo poco que aprendí fue por mi cuenta. Me gustaba leer y no cometía faltas de ortografía. Cuando fui creciendo ya me tocó ir a la hierba. Teníamos vacas y ovejas, y eso era lo que hacíamos. De pastores. Bien pequeñitos ya íbamos a trabajar.

No éramos de los más pobres del pueblo, pero casi. Después mi padre entró a trabajar en Viesgo y aquello nos ayudó mucho. Viesgo era una fábrica de electricidad. Estaban haciendo una en Arenas, aunque ya tenían otra. Con aquel jornalín al menos ya teníamos algo seguro y además nos daban suministro.

Siempre he vivido aquí, en Arenas. También me casé con uno de Arenas. Después de casarme seguí trabajando en las vacas y en la hierba. Más adelante empezaron a emigrar mis hermanos y me entró la envidia. Yo dije: “Me voy y me voy”. Mi marido no quería, pero al final se fue él primero y después me fui yo con tres críos. Fuimos a Bruselas. Mis hijos se casaron y tuvieron hijos, y esos hijos también se casaron. Ahora tengo biznietos. En aquella época yo venía todos los años a Cabrales porque mis padres se quedaron aquí. En Bruselas trabajé fregando y mi marido en la construcción. Por lo menos allí los hijos pudieron colocarse de aquella manera. Además, ganábamos un jornal los dos, porque en Cabrales yo trabajaba como una burra y no ganaba nada.

Aquí teníamos vacas. No había tantos hoteles como ahora. Yo trabajaba con el ganado y aprendí incluso a segar la hierba. Pagábamos una renta por los prados y cuando llegaba el final del año casi no nos alcanzaba para cubrirla. Por eso tuve que ir a trabajar fuera para poder pagarla. En Bruselas, al menos, trabajábamos los dos y los críos iban a la guardería. Durante muchos años seguimos viniendo todos los años a Cabrales. Después, cuando mis hermanos se casaron, ya no tanto, porque el viaje se encarecía mucho más. Además, uno se mareaba bastante en el avión.

Pasé muchos años en Bruselas, hasta que se casaron todos los hijos. Volví definitivamente a Cabrales con sesenta y dos o sesenta y tres años. No encontré el pueblo demasiado cambiado porque veníamos todos los años y los cambios los íbamos viendo poco a poco. Lo notaban más quienes pasaban mucho tiempo sin regresar.

Los comienzos en Bruselas tampoco fueron fáciles. Vivíamos en una buhardilla porque nadie quería alquilarnos una casa. No teníamos los papeles y aquello era complicado. Cuando por fin conseguimos regularizar la situación ya pudimos vivir un poco mejor. Aunque tenía allí a mis hermanos emigrados, tampoco los veía mucho. Hubo un momento en que mi marido dijo que nos volvíamos. Cogimos un piso en Gijón. Él se vino primero y después fui yo con los hijos. Pero al mes empezó a decir que no se encontraba bien allí. Nos había costado mucho meter a los críos en el colegio y, aun así, volvimos otra vez a Bruselas, donde permanecemos hasta jubilarnos.

Cuando nos pensionamos regresamos definitivamente a Cabrales. Sin esperarlo, apenas un año después de jubilarse, mi marido murió de un cáncer. Así que me quedé sola.

La infancia de los guajes de antes no tiene nada que ver con la de hoy. Era completamente diferente. Nosotros vivíamos entre el puertu y Nava, trabajando con las ovejas. Recuerdo que muchas noches subía yo a Vanu a las vacas con unos mineros que iban a Dobros y volvía de noche al pueblo. Tenía que hacerlo porque a las ocho de la mañana ya estaban los críos en clase y la maestra cerraba la puerta. Si llegabas tarde, no te dejaba entrar. Así eran las cosas entonces.

Entrevista 06

Lugar: CSPM Arenas de Cabrales

Fecha: 13 de mayo de 2026

Participante: Florentina Guerra Ardines (66 años)

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: emigración, turismo rural, transformación social, trabajo femenino, identidad cabraliega.

Testimonio

[Flor]: Mis padres eran de Cabrales, pero yo nací en El Salvador, en Centroamérica, porque allí estaban emigrados. La primera vez que vine a Cabrales tenía tres años. Vine con mi hermano, que por entonces apenas tenía unos meses. La vida que recuerdo de aquella época es la de una niña que pasaba el día jugando en la calle. Jugábamos al escondite, a pillarnos, al corro, al martes y al avión. El martes era un juego que se dibujaba en el suelo. Se hacían tres cajones, un avión y un círculo grande. Con un trozo de teja o una piedra plana había que lanzar y seguir las reglas del juego. Pasábamos horas entretenidos con cosas muy sencillas.

Después volvimos a El Salvador, aunque mi hermano se quedó aquí, en Cabrales. En realidad, la intención inicial era dejarme a mí porque era niña y así podía hacer compañía a una tía mía. Pero yo tenía mucho carácter, era muy rebelde de pequeña, así que al final dejaron aquí a mi hermano. Viví en El Salvador hasta los trece años. Cuando regresé a Cabrales encontré el pueblo muy cambiado. Ya existía el colegio donde hoy está el centro de día. Más tarde estuve interna estudiando. Coincidió además con una época de crecimiento. Se abrió mucho la construcción, Arenas aumentó de tamaño, se hicieron más viviendas y el pueblo fue transformándose. No es que yo sea muy mayor, pero sí he visto muchos cambios. Por entonces no había mercado como tal. Había un camión ambulante que recorría los pueblos y que todavía sigue viniendo. También estaban las pequeñas tiendas de toda la vida. Pienso que hoy muy pocos niños sabrían jugar a lo que jugábamos nosotros. Además hacen menos ejercicio. Las tabletas, los teléfonos y todas esas cosas han cambiado mucho la forma de pasar el tiempo.

Mi familia aquí en Cabrales trabajaba en el campo. Tenían ganado, aunque no demasiado. Tres o cuatro vacas. Tampoco hacían queso. Se dedicaban a recoger lo que daban los prados y a vender la leche. La llevaban a un lugar que se llamaba el depósito, donde un camión pasaba a recogerla. Precisamente por eso emigraron. Mi tía se había quedado sola y, aunque le gustaban mucho los huertos y los prados, no podía atenderlos ella sola. Mi madre trabajó diez años en Bruselas. Sin embargo, nunca consiguió arreglar los papeles y terminó regresando cuando enfermó. No todo fueron rosas. Mi hermano apenas salió de Asturias más que para hacer la mili, aunque había nacido fuera. En aquellos años, quien hacía queso todavía podía sacar algo adelante.

Yo me dediqué a aprender inglés. Estuve en Londres cuidando niños porque tenía allí un tío y aproveché para practicar el idioma. También pasé tiempo en Bruselas, donde aprendí francés. Incluso sé algo de holandés.

Me casé en la iglesia de Santa María de Llas. Mi marido llevaba tres años viviendo en Holanda. Después me llamó para volver a Cabrales. Más tarde consiguió trabajo en Gijón, en Puente Seco, en una fábrica que fabricaba forjas para túneles. Cuando regresé a Cabrales empecé a trabajar en hostelería. Trabajé prácticamente en todos los establecimientos que pude, como camarera y en otras tareas. Luego, en 1997, surgió la idea de abrir una casa de turismo rural. Era justo cuando comenzaba el auge del turismo rural. Había ayudas, cursos de formación y oportunidades para emprender. Ahí se implicó Florentino y desde entonces sigo dedicándome a ello. Continúo siendo autónoma.

En todas aquellas idas y venidas entre Londres, Bruselas y Cabrales siempre percibía cambios en el pueblo. Casi siempre relacionados con la construcción y los servicios. Aparecía un nuevo supermercado, se concentraban colegios, se abría un centro de día... Poco a poco Cabrales iba transformándose. También se han perdido muchas cosas. Quizá porque la gente ya no vive como antes. Se perdió el tambor y la castaña, el andarabusco, las matanzas hechas en casa y muchas otras tradiciones que formaban parte de la vida cotidiana.

Creo que la juventud también ha cambiado. Antes la gente se reunía en la calle, jugaba y compartía más tiempo juntos. Ahora hay más individualismo. Todo gira más alrededor de las máquinas, los teléfonos y la tecnología. Aunque también es verdad que son los tiempos y los adelantos que han llegado. Las cosas cambian, y Cabrales también ha cambiado con ellas.

Entrevista 07

Lugar: Fuente de los Caños, Poo de Cabrales

Fecha: Abril de 2025

Participante: Vielú

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: pastoreo tradicional, transmisión intergeneracional, memoria rural.

Testimonio

[Vielú]: No hay nada hoy en día como el trabajo de antes en el monte, el de los pastores. Eso que ahora se ve poco, pero que antes era lo normal. Salir temprano, subir con el ganado, saber dónde estaba cada cosa sin necesidad de que nadie te lo dijera. Aquel modo de vivir era muy nuestro. Era duro, sí, pero también era sabio y libre.

Siempre me llamó la atención porque crecí viéndolo. Los que estaban en el monte eran como maestros sin escuela. Sabían por el color de la tierra si había llovido allí arriba antes que abajo. Sabían qué cantar para que las cabras bajaran sin miedo. Sabían orientarse por cualquier rincón del concejo y conocían cada piedra, cada sendero y cada prado. Todo aquello nos unía y daba sentido a lo que somos aquí. La primera vez que me fijé en ello ya era un crío. Desde la fuente de los Caños me sentaba y miraba hacia arriba. Veía a los pastores bajar por el monte con el cayao en la mano, acompañados por los perros. Llevaban los zurroneos con pan y algo de tocino para pasar el día. Yo me quedaba embobao mirándolos. Aquello era como ver bajar la historia por los caminos. Por eso relaciono este recuerdo con la fuente de los Caños, aquí en Poo. Desde ese lugar veía todo aquello. A veces iba a lavarme, otras veces íbamos a buscar agua, pero para mí la fuente era sobre todo una ventana abierta al monte y a la vida de quienes lo habitaban.

Ahora todo eso ha cambiado mucho. Ya no se vive igual. Hay más caminos, más coches y menos cabras. Mucha gente se fue y los que quedamos ya no podemos hacer las cosas como las hacían los de antes. También se dejó de escuchar a los mayores, y eso se nota. Con ellos se fueron conocimientos que parecían sencillos, pero que eran fundamentales para entender el territorio y la vida en él. Parece que hoy se hacen cosas para que no se pierda del todo. Algunas personas jóvenes preguntan, quieren saber y muestran interés. También hay fiestas, caminatas y actividades que ayudan a recordar. Pero todavía es poco. Muchas veces lo que se hace es para la foto y no para que realmente perdure.

A mí me gustaría que los críos del pueblo, o quienes vienen de fuera, pudieran subir al monte acompañados por alguien que les contara estas cosas. Que aprendieran los nombres de los praos, de los caminos y de los lugares. Que conocieran los nombres que durante generaciones permitió orientarse por todo el concejo. Que se escucharan otra vez los cantares del pastoreo y las historias que acompañaban las jornadas en el monte. ¿Es posible hacerlo? Yo creo que sí. Pero hay que quererlo de verdad. Porque si no se cuida, si no se transmite y si no se practica, todo eso acaba apagándose poco a poco, como una lumbre a la que ya nadie le echa palos.

Entrevista 08

Lugar: Vega, Puertas de Cabrales

Fecha: Octubre de 2025

Participantes: Cuatro vecinos y vecinas de Puertas de Cabrales (anónimos)

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: Historia local, patrimonio religioso, arquitectura tradicional, emigración, memoria comunitaria, transformaciones contemporáneas.

Testimonio

Participante 1

La iglesia que tenemos hoy en Puertas no estuvo siempre aquí. El pórtico de la iglesia antigua se colocó en la nueva cuando se construyó, en 1959. Aquello provocó ciertos desencuentros entre los vecinos de Puertas y los de Pandiello. La iglesia de Santa Eulalia —o Santa Olaya, como se decía antes— era la iglesia de referencia para Puertas, Pandiello y El Escobal. Santa Olaya fue durante mucho tiempo la patrona de Asturias; lo de Covadonga llegó después. Para decidir dónde se levantaba la nueva iglesia se creó una comisión con representantes de los tres pueblos. Cada localidad nombró a dos personas y entre todos acordaron que la iglesia se construiría en Puertas. Los tres pueblos colaboraron en el traslado y la construcción. Durante la Guerra Civil se decía que la iglesia que iba a ser quemada era la de Ortiguero, pero finalmente fue la de Puertas la que resultó dañada. En el pueblo también existieron dos capillas: la de las Nieves y la del Carmen. Esta última acabó convertida en garaje.

Participante 2

Hubo dos grandes castaños que fueron muy importantes para la vida social del pueblo. Todavía se conserva uno en la parte alta. El otro estaba en el barrio de la Vega y desapareció cuando se realizaron obras en las viviendas y en la calle. Era una castaña enorme. Junto a ella estaban la bolera, la roca Motricu y la Piedra Redonda. Aquello era el centro de reunión del pueblo. Allí se celebraban fiestas, reuniones, comidas y toda clase de encuentros vecinales. Todavía hoy, cuando hablamos de esos lugares, sentimos cierta nostalgia. La castaña, la bolera, la Piedra Redonda o la roca Motricu forman parte de la memoria colectiva de Puertas.

Participante 3

Hay una zona del pueblo conocida como La Torre. Siempre se dijo que allí existió una torre antigua. Los abuelos contaban que de pequeños todavía habían visto algunos restos, aunque hoy ya no queda nada visible porque el prado acabó cubriéndolo todo. Justo al lado existe otro paraje conocido como El Cuéranu o Armaor. El propio nombre hace referencia a un espacio delimitado por muros o estructuras elevadas, algo que podría estar relacionado con aquella supuesta torre. Cerca de allí puede verse una piedra de molino reutilizada en un muro actual. También existía una pontiga conocida como la de los Frailes. La tradición oral cuenta que antiguamente hubo presencia de religiosos en la zona y que incluso pudieron tener relación con los orígenes del pueblo.

Participante 1

Los primeros emigrantes de Puertas marcharon a finales del siglo XIX hacia México, Cuba y otros destinos de América. Cuando regresaban con dinero compraban fincas que habían pertenecido a la Iglesia. Eso da una idea del peso que tuvo la institución eclesiástica en la organización de la propiedad. También hubo emigración posterior hacia Bélgica y otros países europeos. Recuerdo una historia que se contaba mucho. Cuando se segaba la hierba para el señor, algunos la cargaban más suelta. En cambio, cuando la carga era para uno mismo, la apretaban todo lo posible. Era una pequeña muestra de la picaresca de aquellos tiempos.

Participante 4

Puertas está rodeado por tres elevaciones muy conocidas: La Corona, La Braña y El Collanau. Antiguamente se sembraban patatas incluso en esas zonas altas. Había una canción que decía:

*"Entre la Corona, la Braña y el Collanau
está el lugarín de Puertas,
el más hermoso de España."*

Participante 2

En el pueblo hubo dos llagares. Sin embargo, la sidra no era una bebida habitual para todo el mundo. Durante mucho tiempo se consideró algo más propio de las familias acomodadas. La mayoría de la gente consumía vino, y resulta curioso que gran parte procediera de Jumilla. En una casa del pueblo hay un busto esculpido en la fachada. Nadie sabe exactamente a quién representa ni quién lo hizo. Debe ser de la Iglesia.

Participante 3

Las casas tradicionales de Puertas tenían una organización muy particular. La parte destinada a las personas estaba separada de la del ganado, algo que no ocurría en otras zonas del norte peninsular. Detrás de la vivienda se encontraba el cubil de los gochos y en la parte superior estaba el genal, donde se almacenaba la hierba. En otros lugares de Asturias recibe otros nombres, pero aquí siempre se conoció así.

Participante 2

La fiesta de las Nieves se celebra el 5 de agosto. La antigua capilla acabó deteriorándose con el paso del tiempo. Incluso hubo que trasladar la espadaña y la campana. Actualmente quedan tres hórreos en el pueblo.

Participante 4

Los cierros eran terrenos comunales situados en las cuestas. La gente los trabajaba, los cavaba para convertirlos en tierras útiles y después los cercaba. Sin embargo, con el tiempo surgieron conflictos porque aquello no siempre estaba permitido y llegaban sanciones de Montes.

Participante 3

Junto al lavadero están varios topónimos tradicionales que todavía utilizamos: Hoyu la Fuente, antes del lavadero, la Gatoria, junto al pontín y el Pedregal, donde antiguamente se lavaba sobre las piedras del río. En La Gatoria se vaciaban los calderos utilizados como orinales.

Participante 4

El estregal era la estancia principal de la casa tradicional. Era lo primero que uno encontraba al entrar. En muchas viviendas tenía el suelo de barro. En las cocinas se colocaban los zardos, hechos con varas de avellano entrelazadas. Servían para proteger y canalizar las filtraciones producidas por la nieve y el granizo. También apareció en una casa una extraña máquina traída desde México. Siempre se dijo que podía servir para deshidratar fruta, aunque nadie llegó a saberlo con certeza.

Participante 1

Recuerdo al tío Quilino, nacido hacia 1881. Tenía tantas manzanas que parecía que uno pudiera nadar entre ellas. Cuando entrabas en su casa todo olía a manzana. La manzana era casi un producto de lujo. No fue hasta los años setenta, con la ayuda de las cajas rurales, cuando comenzó a generalizarse su cultivo. También recuerdo la discoteca La Casina, junto a la escuela. En los años setenta fue el gran lugar de reunión de la juventud. Cuando llegó el tocadiscos aquello parecía una revolución. La historia de Puertas es, en realidad, una esencia que permanece.

Participante 2

En las familias de antes quienes realmente dirigían la casa eran los güelos y las güelas. Su palabra tenía mucho peso.

Participante 3

Hubo numerosos molinos repartidos por el territorio: en Llovares, Ricao, el Juracado o Furacada e incluso en Inguanzo, donde existió un molino de escanda. Hoy están abandonados. El problema es que cualquier intervención en ellos implica enormes dificultades administrativas. Muchas veces somos tan conservadores que acabamos dejando que las cosas se pierdan. Con los caminos sucede algo parecido. Desde que dejaron de aprovecharse determinados recursos del monte se fueron cerrando senderos preciosos. Quienes vivimos en el medio rural somos quienes mejor lo defendemos. También pensamos que las quemas controladas están infravaloradas como herramienta de gestión del territorio.

Participante 4

Antes se sembraba trigo incluso en terrenos llenos de piedras. Todo se aprovechaba. La gente vestía de forma muy diferente: las mujeres con toquilla y los hombres con montera picon.

No había prácticamente árboles en el monte. La leña era la principal fuente de energía y había que cortar constantemente. Vega es un auténtico arca de agua. Hay muchísima agua subterránea. Recuerdo decir muchas veces que flores apenas veía; las conocía más por los dibujos de las latas de chorizo que por otra cosa. Cuando llegó la electricidad teníamos una única bombilla en casa. La plaza actual comenzó a tomar forma en los años setenta, cuando se canalizó el cauce que antes pasaba por allí. Desde entonces el centro de reunión del pueblo se trasladó junto a la escuela.

Participante 1

La prindada era la multa que se pagaba cuando el ganado causaba daños. Algo parecido a cuando hoy una grúa municipal se lleva un coche. El llamado puente de la Voluga nunca tuvo realmente ese nombre. La zona se conocía como La Curva'l Corral, mientras que otro paraje cercano recibía el nombre de Gorgozón.

Participante 4

A veces pensamos en los años del hambre y se nos escapa decir aquello de: *"Qué lástima que viniera el cuarenta y uno"*. Tuvieron que ser tiempos muy difíciles. Muchos conservamos fincas heredadas en lugares altos del monte. Algunas ni siquiera las vemos ya, pero siguen formando parte de nuestra historia.

Participante 2

En Puertas siempre existió la costumbre de fiar. Las tiendas llevaban una libreta donde se apuntaba lo que cada familia debía. Cuando se vendía un gochu o llegaba algún dinero se saldaban las cuentas. Así funcionaba gran parte de la economía cotidiana del pueblo.

Entrevista 09

Lugar: Arenas de Cabrales

Fecha: Abril de 2025

Participante: Anónimo

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: tradición oral, ganadería, elaboración del queso Cabrales, agricultura tradicional, memoria del paisaje.

Testimonio

[Anónimo]: Vivo en el barrio de Mestas, en Arenas de Cabrales. Antes no se llamaba así. Se conocía como Melato, por una piedra que estaba en una esquina de la casa y que dio nombre al lugar. Son esas pequeñas cosas las que explican cómo nacieron muchos de los nombres que todavía utilizamos. Cabrales está lleno de sitios emblemáticos y de historias que merece la pena conservar. Mira, por ejemplo, la Casa de Torrejón, que según se cuenta fue fundada por uno de los escuderos del emperador Carlos V. O la Peña Juan Roble, cuya silueta recuerda la cabeza de un indio cuando se observa desde aquí. También están Llaneces, el río Los Cruces y tantos otros lugares que forman parte de la memoria del concejo. Cuando era pequeño nos contaban muchas historias. Recuerdo especialmente la leyenda de los que jugaban a los bolos con la cabeza de los niños en Muniamá, el antiguo poblado del que procede Arenas de Cabrales. También escuchábamos hablar de la Fuente Papera y de las pastoras de Portudera. Con el paso de los años muchas cosas han cambiado. En los tiempos modernos se han ido perdiendo algunos nombres tradicionales de lugares y parajes, aunque otros todavía permanecen. Aun así, buena parte de la memoria del paisaje sigue viva en quienes la aprendieron de los mayores.

Mis padres se dedicaban al ganado. Tenían vacas, ovejas y cabras. También hacían queso, igual que muchas otras familias del concejo. Hoy la elaboración del queso Cabrales continúa siendo una actividad fundamental y cada vez más conocida y reconocida fuera de aquí. Es una tradición que ha sabido mantenerse viva y que sigue dando identidad al territorio. Sin embargo, otras muchas actividades desaparecieron o quedaron reducidas a algo testimonial. Antes se sembraba maíz, patatas y alubias. Había una gran variedad de cultivos y cada labor tenía sus propias herramientas y sus propios nombres. Se utilizaban aperos como la azada, la andeza —un tipo de arado cuadrangular— o la guadaña. Todo aquello formaba parte de la vida cotidiana. Hoy en día casi toda la atención se centra en la elaboración del queso Cabrales, pero no deberíamos olvidar el resto de los conocimientos que sostuvieron durante siglos la vida de las familias. El cuchar, el segar, el ordeñar o el cebar animales eran tareas fundamentales. Se hacían por necesidad, porque de ello dependía la alimentación y la supervivencia de muchas casas. Pienso que todo ese saber debería preservarse. Es una parte muy importante de nuestra historia y de nuestra forma de entender el mundo rural. Son conocimientos que explican cómo vivía la gente, cómo se organizaba y cómo se relacionaba con el territorio. No deberían perderse ni quedar en el olvido, porque forman parte de lo que somos.

Entrevista 10

Lugar: Ortiguero, Cabañales

Fecha: Abril de 2025

Participante: Anónimo

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabañales

Temáticas: oficios tradicionales, ganadería, herramientas de trabajo, memoria rural.

Testimonio

En Cabañales hay nombres que explican los sitios, y sitios que explican sus nombres. La toponimia siempre tuvo mucho sentido porque nacía de la propia experiencia de la gente con el territorio. Puertas, por ejemplo, se decía que recibía ese nombre porque sus vecinos abrían las puertas a todo el mundo. Se contaba que cuando llegaban los panaderos les dejaban las llaves para que pudieran entrar en las casas y dejar el pan aunque no hubiera nadie dentro. Ortiguero también tiene un nombre muy ligado al paisaje. Se decía que era porque había muchas ortigas en la zona. Lo mismo sucede con algunas fuentes. La fuente de La Paxiara recibía ese nombre porque enfrente vivían tres mujeres. La fuente de La Perezosa, en cambio, era conocida así porque siempre echaba poca agua... Pero no todos los nombres funcionan de esa manera, el Naranjo de Bulnes, que no tiene nada que ver con los naranjos ni da naranjas. Son nombres que permanecen aunque su significado original ya no resulte tan evidente. Nosotros lo llamamos Picu Urriellu, lo de naranjo viene de fuera. Antes la gente conocía muchos más nombres de lugares que ahora. Cada finca, cada prado, cada peña y cada rincón del monte tenía su nombre propio. Hoy en día ese conocimiento se utiliza mucho menos. La diferencia entre antes y ahora es enorme, como el día y la noche.

Aquí en Cabañales el terreno es principalmente rocoso. Los llanos son escasos y precisamente por eso cada espacio aprovechable tenía una gran importancia para la vida cotidiana. También había muchos oficios que prácticamente han desaparecido y que ya casi nadie recuerda. Existía el bastoneru, que trabajaba la madera para fabricar bastones, tosquilar las ovejas, atender el ganado de una manera muy diferente a la actual... Durante el verano se subía al puerto con los gochos y se bajaban después para la matanza. Había canteros, madreñeros y toda una serie de trabajos relacionados con la vida ganadera y agrícola. Se mecían las vacas, se elaboraban productos tradicionales como el pantruque o el chorizo casero... Mis abuelos y mis padres vivieron de la ganadería. Además, tenía un tío que era herrero. Era un oficio fundamental para la vida de los pueblos. Utilizaba herramientas como el yunque, el soplete, las tenazas y la fragua. Se encargaba de herrar caballos y vacas y de fabricar o reparar numerosos utensilios necesarios para el trabajo diario. Para todas las labores del campo se empleaban herramientas que hoy apenas se ven: la guadaña para segar, el garabatu, la pala de dientes... Algunos de estos oficios todavía sobreviven de manera testimonial, pero muchos han desaparecido casi por completo. El zapatero, algunos herreros, el sastre, los artesanos del barro, los cesteros, los molineros o los fabricantes de panderetas son ejemplos de actividades que durante generaciones fueron esenciales y que hoy apenas se conservan.

Basta ver la cantidad de molinos que permanecen abandonados y en ruinas para comprender cómo ha cambiado el mundo rural. Cada uno de esos edificios cuenta una historia sobre la forma de vida de quienes nos precedieron. Por eso considero que todo este patrimonio es importante. No se trata solo de recordar herramientas u oficios antiguos, sino de mantener viva una parte fundamental de nuestra identidad.

Entrevista 11

Lugar: Arenas de Cabrales

Fecha: Abril de 2025

Participante: Anónimo

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: Tradición oral, historia local, patrimonio lingüístico, oficios tradicionales.

Testimonio

Cuando era niño nos contaban muchas historias. Una de las que más recuerdo era la de la Cueva Javiana. La escuchábamos de los mayores y formaba parte de esos relatos que iban pasando de generación en generación. Más adelante, cuando marché a estudiar fuera, seguí interesándome por estas cuestiones y fui aprendiendo muchas más cosas por mi cuenta. Por ejemplo, descubrí aspectos de la historia de Cabrales que apenas se comentaban en la vida cotidiana. Siempre me llamó la atención saber que por estas montañas pasaron algunos de los episodios relacionados con la Reconquista. Se decía que, tras los acontecimientos de Covadonga, hubo movimientos que atravesaron Cabrales y continuaron hacia Castilla por Liébana. Son historias que forman parte del imaginario histórico de la comarca y que ayudan a comprender la importancia estratégica que tuvo este territorio.

También me preocupa la pérdida de muchas palabras y expresiones que eran habituales hace tan solo unas décadas. Términos como *antroxu* o *arremangu* cada vez se escuchan menos. Lo mismo sucede con numerosos nombres de lugares que antes todo el mundo conocía y que hoy apenas se utilizan. Pescandi es uno de esos ejemplos.

Afortunadamente todavía queda gente que recuerda esos nombres y esas formas de hablar, e incluso hay personas que muestran interés por aprenderlas y conservarlas. Aun así, es evidente que una parte importante de ese patrimonio inmaterial se está perdiendo. Lo mismo ocurre con muchos oficios y formas de vida tradicionales. La agricultura y la ganadería de antes eran muy diferentes. Existían figuras como el pastor, el segador, el carpintero o el cabrero, que desempeñaban un papel fundamental en la economía y en la organización de las comunidades rurales. Mis padres vivieron de la misma manera que lo habían hecho mis antepasados: dedicados a la ganadería. Era una forma de vida exigente, profundamente vinculada al territorio y al conocimiento del medio natural. Hoy quedan pocos testimonios materiales de aquel mundo. Cada vez es más raro encontrar herramientas como las hachas, las guadañas o las praderas que durante generaciones fueron indispensables para el trabajo diario. La realidad económica de Cabrales también ha cambiado mucho. Actualmente el turismo se ha convertido en uno de los principales motores de la comarca y ocupa un lugar central en la vida del concejo. Sin embargo, considero que ese cambio no debería hacernos olvidar todo lo que existió antes. Por eso creo que es importante conservar y transmitir estos conocimientos. Las palabras, los oficios, las herramientas y las formas de vida tradicionales forman parte de nuestra identidad colectiva. Si no hacemos un esfuerzo por mantenerlas vivas, corremos el riesgo de que desaparezcan para siempre junto con la memoria de quienes las practicaron.

Entrevista 12

Lugar: Arenas de Cabrales

Fecha: Abril de 2025

Participantes: Dos vecinos de Arenas de Cabrales (anónimos)

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: Leyendas populares, oficios tradicionales, ganadería, artesanía, herramientas.

Transcripción

Participante 1

La Tienda Nueva tiene ya más de cien años y, sin embargo, sigue llamándose así. La historia tiene esas cosas caprichosas: los nombres permanecen aunque el tiempo pase. Aquí muchos nombres explican el lugar del que proceden. Portudera, por ejemplo, viene de «puerto de era»; Entrejano, de estar entre Jano y el Puerto de Era; Cogoma es una riega de agua; y Covadonga significa una cueva larga. Todavía seguimos utilizando algunas palabras de siempre. Decimos *duernu* para referirnos al bebedero del ganado, *argayu* cuando hay un derrumbe de piedras, *desyombar* para airear la hierba y *fariñes* para una receta elaborada con harina. Son palabras que siguen vivas, aunque ya no se escuchan tanto como antes. También se contaban muchas historias que hoy apenas se conocen. En Muniamá, por ejemplo, se decía que dos hermanas habían tenido un hijo al que mataron y que después jugaban con él. También tres personas fueron desterradas hacia Sotres y por ser consideradas árabes, y así habría comenzado el poblamiento de aquel lugar. Son relatos que forman parte de la memoria popular, aunque cada vez se cuentan menos y con más incertidumbre.

Participante 2

La vida ha cambiado mucho y también los trabajos. Hoy el turismo tiene un peso muy importante, pero la ganadería ha disminuido respecto a lo que fue durante generaciones. Muchos de los oficios tradicionales prácticamente han desaparecido. En mi familia se trabajó en casi todos ellos: artesanía, ganadería, elaboración de queso y pastoreo. Eran actividades que formaban parte de la vida cotidiana. Para realizarlas se utilizaban herramientas que hoy parecen piezas de museo: las guadañas, los garabatos, el zurrón o los arnios para el queso.

Hay labores que apenas se ven ya. La tosquila de las ovejas, por ejemplo. Lo mismo ocurre con la escapulla del maíz o con la siega tradicional. Son trabajos que antes reunían a las familias y a los vecinos y que formaban parte del calendario anual. Por eso creemos que es importante conservar todo este conocimiento. No solo por recordar cómo se vivía, sino para que las tradiciones no desaparezcan y las generaciones futuras sepan de dónde vienen y cómo era la vida en Cabrales antes de los cambios de las últimas décadas.

Entrevista 13

Lugar: Pandiello, Cabrales

Fecha: Abril de 2023

Participante: Ganadero de Pandiello (anónimo)

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: Ganadería, turismo, caminos históricos, patrimonio rural, lobo.

Transcripción

Yo nací y crecí aquí, en Pandiello, y toda la vida estuve vinculado al ganado. Por eso veo muy claro cómo han cambiado las cosas y cómo algunas prioridades ya no son las mismas que antes. Ahora parece que todo gira alrededor del turismo. Recuerdo una vez que unos turistas que estaban alojados en una casa rural cerca de la mía se quejaban porque mi perro ladraba. Llegaron incluso a tirar piedras porque les molestaba. Y claro, uno piensa que, como el turismo es lo que interesa, los vecinos de toda la vida tenemos las de perder. Todo parece hacerse para ellos.

Hay muchas cosas que se están perdiendo. Los caminos son un buen ejemplo. Desde pequeño pasaba con el ganado por el puente del Cerezu, siguiendo el antiguo camino que va hacia Llanes. Era el paso natural de siempre. Ahora, con una parte del puente caída, ya no puedo hacerlo. Tengo que dar un rodeo de treinta o cuarenta minutos para llegar al mismo sitio. Da pena verlo así porque son cosas que siguen teniendo utilidad. No son solamente monumentos para contemplar; forman parte del trabajo diario de quienes vivimos aquí. Si se dedicara dinero a restaurarlas sería diferente, pero parece que eso no interesa demasiado. Muchas veces tenemos la sensación de que los ganaderos estamos solos. Yo pienso una cosa: si algo es antiguo, lo es por algún motivo. Porque funciona. Los caminos, los puentes, las formas tradicionales de trabajar el monte y el ganado no surgieron por casualidad. Fueron el resultado de generaciones enteras adaptándose al territorio.

Otro de los problemas que más nos preocupa es el lobo. Los ataques son cada vez más frecuentes y generan mucha preocupación entre quienes tenemos ganado. Pero también creo que parte del problema está relacionada con los cambios que ha sufrido la propia ganadería. Antes los pastores estaban con los animales. Se pasaban temporadas enteras en los puertos, vigilando el ganado. Incluso se organizaban turnos nocturnos para estar pendientes de cualquier problema. Había una presencia constante. Ahora muchas veces el ganado permanece meses en los puertos y se sube a verlo cada cierto tiempo. Las condiciones son distintas y eso también influye.

Al final, cuando se pierden ciertas costumbres y formas de trabajar, no solo desaparece una tradición. También cambian los equilibrios que durante generaciones habían permitido convivir con el territorio. Y eso es algo que muchas veces no se tiene en cuenta.

Entrevista 14

Lugar: La Molina, Cabañales

Fecha: Febrero de 2023

Participante: Vecina de La Molina (anónima)

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabañales

Temáticas: Caminos históricos, patrimonio local, memoria familiar, turismo, puentes históricos, identidad comunitaria.

Testimonio

Aquí en La Molina siempre vivimos muy cerca de la historia, aunque muchas veces parezca que nadie se da cuenta. Mi abuela iba a buscar las medicinas a Carreña caminando por el camino antiguo que pasa por los puentes de piedra del Casaño. Era el camino de siempre, el que utilizaba la gente para moverse de un pueblo a otro antes de que llegaran las carreteras. Hoy ya casi nadie lo usa. La carretera cortó aquel recorrido y los puentes quedaron apartados de la vida cotidiana. Así están de abandonados el Golondrón y la rambla de Berodia, ay si los viera como están mi abuela... Es una pena, porque forman parte de nuestra historia. Yo digo que quien pueda debería bajar a verlos. No tienen desperdicio. Son de esas cosas que siguen ahí, en silencio, resistiendo el paso del tiempo mientras casi todo el mundo pasa de largo sin mirarlas.

Mi padre participó en la construcción del puente del Hormigüelu, tirando más allá del puente Pompedru. Para nosotros siempre fue motivo de orgullo. Y luego está el propio Pompedru, que tanto se ha estudiado por su antigüedad. Siempre se dijo que era romano o que, al menos, tenía un origen muy antiguo. Lo mismo ocurre con el camino que conduce hasta él. Ahí sigue, firme sobre el Casaño, robusto y hermoso, demostrando que las cosas bien hechas pueden durar siglos.

Aquí historia no falta. Lo que falta es aprecio. Muchas veces veo pasar a los turistas y tengo la sensación de que no llegan a comprender dónde están. Algunos recorren estos lugares sin detenerse a pensar en las generaciones que caminaron por ellos antes. Otros vienen a practicar actividades en el río y no hacen más que ruido, y con lo peligroso que es. Pasan al lado de las casas sin darse cuenta de que están molestando a quienes vivimos aquí. Parece que el paisaje fuera un decorado y no un lugar donde sigue habiendo vecinos, recuerdos y vida cotidiana.

Lo que más tristeza me da es ver cómo poco a poco somos menos. Cada vez quedan menos vecinos y resulta difícil hacer algo frente al abandono de tantos recuerdos que forman parte de nuestra historia. Los caminos se cierran, los puentes se olvidan y las historias se van quedando sin quien las cuente. Al menos la iglesia se conserva bien. Cuando la miro pienso que todavía queda algo que nos recuerda quiénes somos y de dónde venimos. Porque al final eso es lo importantem, ¿no? No olvidar que estos pueblos están hechos de recuerdos. Y que cuando desaparecen los caminos, los puentes o las historias, desaparece también una parte de nosotros mismos.

Entrevista 15

Lugar: Camarmeña, Cabrales

Fecha: Abril de 2023

Participante: Vecino de Camarmeña (anónimo)

Recopilador: Equipo de Investigación Memoria Viva de Cabrales

Temáticas: Caminos históricos, transformación del territorio, identidad local, turismo.

Testimonio

Aquí en Camarmeña siempre vivimos entre caminos. Por ellos se iba a trabajar, a visitar a la familia, a bajar al valle o a subir al monte. Siempre hubo tres rutas principales para subir y bajar del pueblo. Está el camino de Robro, que lleva hacia La Trapa. Está también el camino de la Ingiesta, que baja hacia la zona del Hostal Poncebos. Entre ambos queda Bárcena. Y luego estaba el camino del Sediellu, que para mí es uno de los más especiales. Ese camino pasaba por el puente del Sediellu, construido cuando se hizo el canal, y descendía hasta la carretera a la altura del puente de la Jaya. Durante años fue un paso para la gente del pueblo. Ahora ya no se puede utilizar. Hubo un desprendimiento y una parte del terreno desapareció. Cuando alguien pregunta por él siempre digo lo mismo: mejor no bajéis por allí, id por la carretera. A saber cuándo lo arreglarán. Lo triste es que el pontín sigue ahí. Aguanta como puede, igual que tantos otros recuerdos de este concejo. Conservamos fotografías de hace más de cien años donde aparece perfectamente. Cuando las miro pienso en toda la gente que pasó por allí antes que nosotros. Y ahora, sin embargo, el camino se va perdiendo poco a poco.

Esa sensación de que el pasado se escurre entre las manos está presente en muchos rincones de Cabrales. Los caminos se cierran, la maleza avanza y parece que cuesta cada vez más conservar aquello que durante generaciones fue imprescindible. Y eso que historia aquí no falta. Desde Camarmeña sale también el camino hacia Odón, ya adentrándose en los Picos de Europa. Ese recorrido lo hacen hoy muchos extranjeros y gente llegada de todos los rincones de España. Vienen buscando las montañas, los paisajes y las vistas. Llegan a este balcón sobre los Picos de Europa y muchas veces se sorprenden de que siga viviendo gente aquí arriba. Yo siempre pienso lo mismo cuando los escucho. Pues claro que vivimos aquí. Yo llevo toda la vida en Camarmeña. Igual que mis padres y mis abuelos antes que yo. Este no es un mirador construido para los visitantes; es nuestro pueblo.

A veces parece que quienes vienen solo miran el paisaje y no se dan cuenta de que detrás hay una historia larguísima. Y lo mismo ocurre con la iglesia. La nuestra es de las más antiguas. Existe constancia de ella en manuscritos muy antiguos. Eso demuestra que mucho antes de que llegaran los turistas, mucho antes de las carreteras y de los coches, ya había vida aquí. Ya había comunidad, memoria y raíces.



**¡Gracias por
vuestra
participación!**

